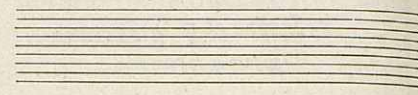


NEWPORT 62



La novedad no estaba sólo en el nombre « Newport 62 », sino sobre todo en el género de festival organizado, este año, del 6 al 8 de julio. Debemos felicitar a George Wein el haberlo concebido según la fórmula « buen jazz buen gusto ». El buen tiempo también colaboró con los organizadores: tardes soleadas, noches frescas y nada de lluvia, por primera vez en nueve años. Estaban ausentes también: la violencia, la vulgaridad, la embriaguez en masa, la excentricidad, las multitudes pendencieras, vestidas con extravagancia, únicamente en plan de alterar el orden y no teniendo ninguno intención de asistir a los conciertos, aunque hubiesen pagado para hacerlo. En consecuencia, los habitantes de Newport que salen a la calle para verlos pasar no han visto más que « jazz fans », de modales impecables.

Las ordenanzas municipales, instituidas el pasado año y estrictamente aplicadas, han vuelto a todo el mundo terriblemente correcto: prohibición de beber en las calles o en las playas; nada de reuniones; alrededores de Freebody Park reservados a los espectadores provistos de entradas y a los habitantes de las calles adyacentes portadores de pases (que sus invitados también debían procurarse). Algunos se sienten bastante descontentos de este estado de cosas, pero sólo se trata de un week-end prontamente pasado. Estos reglamentos son, por otra parte, dictados para la protección de todos y el Festival es una verdadera mina de oro para la ciudad.

Las playas, antes lugares de relajación, son accesibles a los acampadores desde las seis de la tarde a las ocho de la mañana; por la modesta cantidad de un dólar por noche, se puede llevar su saco de dormir, aparcar su vehículo e igualmente servirse de las duchas del lugar, beneficiándose de la benévola vigilancia de la policía. Los policías, cerca de doscientos, encargados de mantener el orden

son extremadamente corteses y buenos chicos.

En cuanto al Festival, fue sin duda alguna el más satisfactorio de la serie. Programas cuidadosamente preparados, grupos que estaban en escena unos tres cuartos de hora cada uno, en lugar del rápido desfile habitual, artistas elegidos por su talento y no por su rendimiento financiero. ¡En fin, y sobre todo, se trató de un Festival de Jazz puro! Cinco conciertos: tres de noche principiando con la presentación de un grupo local y dos matinales precedidos de un coloquio por un grupo de expertos.

Viernes, 6 de julio: al grupo local Tony Tomasso and the Jewel of Dixie le correspondió el honor de abrir la velada con ardor, después Roy Eldridge, con su cuarteto (John Meves, bajo; Joe Jones, batería; Bill Rubinstein, piano) trató de comunicar su vigor a una multitud aún en calma. Le siguieron Camen Mc Roe y el Dave Brubeck Quartet.

Una de las felices innovaciones del « Newport 62 » ha sido la de unir a miembros de diferentes grupos para constituir formaciones musicales nuevas. La primera combinación, la integración de Gerry Mulligan al grupo Brubeck, probó la calidad constante de Mulligan quien, en un largo duo con Paul Desmond, dió a sus acompañantes una ráfaga de vitalidad provocando los primeros indicios de entusiasmo de la noche. Además, sin Mulligan, siempre dispuesto a tocar con no importa quien, un festival no estaría completo. Seguidamente, el célebre barítono presentó su grupo (Bob Brookmeyer, trombón; Wyatt Reuther, bajo; Gus Johnson, batería); en tres números muy apreciados, a pesar del intempestivo estallido de unos fuegos artificiales por allí cerca. Coleman Hawkins se juntó al cuarteto, primero en « Body and Soul », que nunca se cansa de tocar, de forma un poco diferente cada vez, y cuya audición jamás fatiga, después en « Sunday » en

el cual su entente con Mulligan fue maravillosa.

Pero fue a nuestro viejo amigo Joe Williams, veterano cantante de Basie, a quien correspondió el triunfo de la noche. Acompañado por el quinteto de Harry « Sweets » Edison, Joe alcanzó aquella noche la grandeza. Aquel 6 de julio será seguramente señalado en piedra blanca por él. He ahí el milagro del Festival de Newport en el cual, cada año, un pequeño grupo de elegidos se superan.

El programa del sábado por la tarde empezó a la cena, con una discusión por un grupo de « expertos » (George Wein, John Hammond, de Columbia Records, Joe Williams, Charlie Mingus, el crítico del Herald Tribune, George Simon, el productor de Newport 61; Sid Bernstein y Art D'Lugoff, propietario del club newyorkino The Village Gate). El lema: « Problemas económicos de la comunidad del jazz » fue debatido y examinado; sobresalió sobre todo, que un abismo separa a los músicos de quienes los emplean (compañías de discos, night clubs), bajo el punto de vista financiero y que los problemas económicos existen en la comunidad del jazz, lo cual no constituyó una conclusión muy original.

El programa musical que siguió, a priori el más modesto, fue por tanto el más interesante y atractivo del festival. Gran cantidad de aficionados estaban en la playa, tanto peor para ellos. Para los no muchos asistentes fue un verdadero regalo.

Después en una charla apresurada, Marshall Stearns contó « Una historia de la danza de claquet y sus relaciones con el jazz », ilustrada por cinco bailarines extraordinarios: Baby Lawrence, Bunny Briggs, Honi Coles, Charlie Atkins y Pete Mugent (acompañados por Roy Eldridge, Joe Jones, John Meves y Bill Rubinstein). Su especialidad está en trance de desaparecer y sólo, los dos más jóvenes, Baby Lawrence y Bunny Briggs, tienen